

La Nueva España

Director: **JOSÉ MANUEL VAQUERO**
 Subdirector: **MELCHOR FERNÁNDEZ DÍAZ**
 Redactores-jefes: **CÉFERINO DE BLAS, JUAN DE LILLO**
 Jefes de sección: **ORLANDO SANZ, MARIO BANGO, JULIO PUENTE**

Administrador: **LUIS GONZÁLEZ**

Redacción, Administración y Talleres: **Calvo Sotelo, 7.-33007 OVIEDO**
 Teléfono centralita: **230550 (5 líneas)**. Teléfono publicidad y escuelas: **231985**
 Télex **84.122 EPAS**. Apartado de Correos: **233-33080, OVIEDO**
 Depósito legal **O-2-1958** Control de difusión

Manuel MARTIN FERRAND

Pureza obliga



LOS oráculos nos lo tienen dicho, el año ochenta y cinco será el año de la pureza. En ello estamos, entre «flick» y «flock» vamos aventando la paja de la corrupción del grano de la honestidad. Y la cuenta sale, naturalmente, a favor de la paja.

La última escena de la tragicomedia nacional se produjo anteayer por la tarde cuando funcionarios de la Policía procedieron a la detención, por una presunta malversación de fondos, del presidente del Sindicato Profesional de la Policía (SPP). Al parecer Manuel Novás ha «distraído» unos catorce millones de pesetas de los fondos del propio Sindicato.

Parece que estoy viendo «brigada 21», la película que el pasado viernes nos ofrecía Jose Luis Balbín en «La clave» para prologar un debate sobre las policías. La diferencia radica en que Kirk Douglas, al que el guionista del filme tuvo que convertir en difunto para salvar la dignidad del cuerpo, es muchísimo más guapo que Novás.

¿Qué es, de verdad, lo que nos pasa? Algún raro virus opera entre nosotros para que, de la noche a la mañana, a los policías les dé (presuntamente) por llevarse la caja, a

los diplomáticos (también presuntamente) por evadir a Suiza y a todos los demás (en menor grado de presunción) por olvidar valores entendidos como fundamentales en nuestras tradiciones culturales y morales.

Es, dicen algunos, el síndrome de la desconfianza. Pero no vale la explicación porque aquí, en profundidad, nunca ha habido razones para desconfiar.

Es, afirman otros, la corrupción heredada. Tampoco es eso, la corrupción forma parte de la historia de España y ya estaba presente en los mecanismos que condujeron a Isabel a casarse con Fernando. Que se lo pregunten al príncipe de Viana.

Es, señalan los más displicentes, una astucia electoral de los socialistas para distraer la atención de otras cuestiones más graves. De ser así estamos en un caso claro de sobredosis. No nos entretienen, nos anonadan.

Cuando los policías se ven obligados a detener a los policías, y no es el presente el único caso conocido en los últimos meses, algo muy hondo está convulso. No sé qué es lo que nos pasa, pero se trata de algo tremendo, y el año de la pureza no ha hecho más que comenzar.

El amigo

Luis MEANA MENENDEZ,
 profesor de la Universidad de Traveris

De la larga agonía de Vicente Aleixandre, la escena más impresionante y la más llena de sentidos es la de Dámaso Alonso que entra en la habitación, después de cincuenta años de amistad, y solo frente al amigo no le dice una sola palabra. ¿Qué iba a decirle? ¿Puede expresarse mejor, más ciertamente, la plenitud y la impotencia? Uno puede —aún sin, desgraciadamente, haberlos visto nunca, sin conocerlos, y a estos sí que habría valido la pena verlos y conocerlos— imaginárselos allí frente a frente. Dámaso, silencioso, probablemente de pie, recitándose a sí mismo y a su amigo, en un diálogo sin palabras, los millones de cuentas comunes, el pueblecito de la sierra, el transcurso de tantas horas en cualquier parte, mil pensamientos, las muertes comunes del pasado que no son nunca pasado, la generosidad, tantas ideas, mil poemas, ... Cincuenta años de vida metidos en un silencio. Eso no podrán conseguirlo nunca las palabras, ningún discurso. No se trata del tópico ¿de qué valen las palabras? sino del ¿qué valen las palabras? ¿Pueden acaso resumir como el silencio y resumir tanto y tan deprisa? Y menos valen todavía esas filosofías que sólo van en las palabras, en las frases, cuencos conteniendo la verdad o falsedad del contenido. ¿Puede tener el silencio contenido de verdad y falsedad? ¿No tienen contenido de verdad esos cincuenta años resumidos en un silencio por Dámaso? Y menos valen todavía todas esas fenomenologías y filosofías fúnebres de la muerte. Lo de Vicente y Dámaso —y pido perdón, para el resto del artículo, por esta irreverencia— no es aquí más que disculpa, paradigma de otros mil millones de Dámasos y Vicentes que han consumado el mismo diálogo y la misma escena. Eso nos ha pasado a casi todos. Que uno sea premio Nobel de literatura y un poeta extraordinario, que el otro sea un gran poeta y además un sabio, quizá el

más grande de los españoles vivos, importa para la cuestión tan poco como el que uno sea malagueño y el otro de Madrid. Es un asunto sin ninguna relevancia, salvo para los periódicos. Hay muchos poetas grandes, y muchos sabios desconocidos, entre los intitulado, entre la gente menuda y diminuta de los pueblos de España, cuya despedida ha tenido esa misma plenitud e impotencia que la de Dámaso. Sólo que no son noticia, lo que ya denigra suficientemente las noticias.

Tics recordatorios

Cosas como esas pasan todos los días y pasan en casi todas las vidas. Dámaso tuvo todavía suerte. Otros, con otros amigos —con nuestros Vicentes o Vicentas— no hemos tenido, a veces, tanta. Porque también puede ocurrir que uno se alegre de la próxima visita al viejo amigo y hasta que prepare un par de ironías que decirle y cuando por fin le llama, oiga, así, de repente, que Miguel Díaz Blázquez ha fallecido. Y lo dice la telefonista con la mecánica con que el enterrador entierra a los muertos. «No sabiendo los oficios los haremos con respeto para enterrar a los muertos...». Así, sin más y sin despedirse, sin decir una sola palabra, sin darnos siquiera la posibilidad de ese silencio de despedida. ¡Hay muchos poetas y muchos sabios, desconocidos, al que ningún Dámaso les rinde ese silencio! Y la telefonista explica que ha fallecido de un infarto hace un par de meses como si lo que importase es el «de qué y el «cuándo», cuando lo que realmente importa es el cómo, sobre todo el cómo. ¡De qué iba a morir!, de escepticismo a pesar de que la figura no esté incluida en los manuales

Y seguramente a Dámaso empezará a brotarle ahora ese sarpullido de la muerte, esos tics dia-

rios recordatorios, esas reacciones en las que uno ni habría creído, ni habría considerado nunca normales. Que empiezan con el rescate del recuerdo: ¿cuándo fue la última vez que le ví; hizo gesto de despedida, dijo alguna palabra, cuál fue la última ironía? Y que, luego, continúan con el rescate imposible de lo desconocido: ¿y qué estaría haciendo yo, ese 15 de marzo, a esa misma hora cuando se cayó, de bruces, contra la computadora; y qué habrá ocurrido en esa hora y media de idas y venidas al hospital en la ambulancia de la muerte, habrá sufrido?, ¿qué habrá pensado, con aquella agudeza metafísica, al darse cuenta de que todo se acababa?, ¿habrá llevado el escepticismo hasta el final, hasta entregarse, complaciente, al término del sinsentido? Y así ya para siempre. Con el frío de la calle lo primero que se le ocurre a uno es si estará húmedo y helado en el panteón del cementerio. Y cada vez que hay que pensar en alguien para que nos explique algo que no entendemos, el primer nombre que se le ocurre a uno es siempre el suyo. Y ya no hay día en que uno no se sorprenda a sí mismo contemplando el par de recuerdos conservados, el libro de Beethoven, un par de cartas, el bolígrafo con el que escribía y con el que juega ahora, inconsciente del símbolo, la niña. No es que uno desespere, no es que uno lllore, es que no hay forma de recorrer un paseo, una charla o un grupo de pensamientos sin que aparezca, detrás de todo ello, el amigo como un alter ego.

Sí, Dámaso tuvo, al menos, cierta suerte. Porque hay también amigos que, en la mitad de los veinte años, cuando todo está todavía por delante, sin diálogo, ni despedida, se marchan por la puerta falsa de la vida. Y hay que suponer que por muy buenas razones. Y eso que, con aquella sensibilidad, aquel aire místico y aquella cabeza podría haber sido desde galán famoso a poeta,

pasando por ministro poderoso. Podría, podría... si no fuera que la vida fluye, a veces, demasiado intensa. Y si no fuera porque, como dicen los aldeanos de Asturias cuando están allí en medio de la niebla dormilona, dando golpes de guadaña, que son de filosofía, a la hierba, «Dios cuando da ye muy burru dando». Ye muy burru dando... Y quitando. Que le quitó a Dámaso a su amigo Vicente, a mí a Díaz Blázquez y a José Antonio Lobo y a otros muchos, otro tanto.

Puede que ahora la gente, y hasta algunos poetas, se pongan, con esa facilidad que Dios les ha dado para enzarzarse a discutir irrelevancias, a filosofar sobre la inmortalidad del alma, sobre la existencia de Dios y de la otra vida, en la que Vicente estará —esperamos que con más salud que en ésta— dando tumbos y poemas. Son ganas de discutir. Lo relevante, lo inmortal en todo esto es el diálogo silencioso que seguirá teniendo, a partir de hoy todos los días, Dámaso con Alonso, que hará el papel de Aleixandre. Diálogo que seguirá ya eternamente porque, cuando falte Dámaso —que ojalá no sea nunca— habrá otro Dámaso en el relevo, en la fila —quizá Boussoño— para seguir la plática, ese «como decía... como escribió Vicente...». Y cuando ya no esté ese habrá otros más jóvenes. Y cuando ya no quede nadie, habrá lectores y habrá otros mil Dámasos y Vicentes repitiendo el mismo salmo, los mismos tics crónicos de la muerte. Porque Dámaso y Vicente no son más que el paradigma, el ejemplo famoso, del diálogo silencioso que seguimos todos con nuestros muertos vivos. Sea lo que sea de la inmortalidad del alma y de la poesía de Aleixandre, de otra inmortalidad tuya puedes estar, Vicente, absolutamente seguro: de la que te dará el recuerdo silencioso de todos los Dámasos del mundo. Y como esa de bonita no hay ninguna.